



1.—Al principio era el Verbo

(IN SINU PATRIS)

INTRODUCCION.

«Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios» (Jn. 1, 1).

1. *Os traigo el recuerdo de la divinidad de Cristo*, de su existencia eterna en el Padre. Mas ¿qué importa esto? ¡Es algo tan lejano! «Al principio...». Estamos llenos de pragmatismo religioso... No convirtamos a Dios en órbita de nuestro egoísmo religioso... Seamos alabanza de su gloria eterna, adorando sus misterios con amor...
2. *Nadie nos priva de contemplarle*: niño débil en un pesebre..., obrero de manos endurecidas..., predicador celoso entre las incomprensiones humanas..., portentoso en milagros..., humilde y sufrido en la Cruz... Pero su paso por la tierra—descorramos el velo de su Humanidad—debe llevarnos a lo que en El es anterior al tiempo: «Hijo Unigénito en el seno del Padre».

1.—EN EL SENO DEL PADRE.

A) "Al principio era el Verbo".

1. *Una dificultad*: Preguntaba un hombre a un sacerdote: «Si Dios nació en un tiempo determinado... ¿qué Dios existía antes?». Ignoraba un dogma: la eternidad del Verbo que, un día, tomó carne humana: «Al principio...»
2. *Nuestro raquitismo intelectual*: Sólo en el cielo seremos curados de él; ahora nos incapacita para penetrar el misterio. El mayor de los absurdos: medir la eternidad con el metro del tiempo; más que intentar medir la redondez de la tierra con un micrómetro... Pero la verdad no se altera: la comunicó el mismo Dios a San Juan; el sentido común dice que Dios no puede tener principio; dejaría de serlo.
3. *«La fe es la emisora de Dios»...* Un día oímos hablar de la paternidad divina. Cuando Dios habla a los hombres—Revelación—es para enseñarles la ciencia de la salud: no recibamos frívolamente su enseñanza. Un pequeño esfuerzo: busquemos conocer al Verbo Eterno, Dios Hijo..., en su estado eterno, el que nunca dejó: en el seno del Padre.

B) "El Verbo estaba en Dios".

1. *Dios es infinito*: Una mirada de su inteligencia basta para conocerse perfectamente y abarcar todo su ser... Y le basta una idea para expresar su plenitud: el Verbo Eterno..., igual al Padre, pues es la misma perfección de Dios, hecha Persona Eterna.
Por el contrario, el hombre es limitadísimo: en su conocimiento, visión, expresión... (ejemplos).
2. *Identidad de naturaleza*: Por comunicársela eternamente al Hijo, podemos hablar de verdadera generación...: «Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn. 10, 30). Pero con una propiedad distinta y exclusiva: ser Hijo: «Tú eres mi Hijo amado» (Mc. 1, 11).
3. *El obrar de Dios es eterno*. No se limita por el tiempo, como el del hombre. Y Dios-Hijo es Verbo que se pronuncia eternamente, y ese Verbo se vuelca sin cesar en Dios Padre... Viviendo en el seno del Padre se establece entre ellos una comunicación de amor eterna, infinita, santísima: el Espíritu Santo. He aquí el misterio trinitario—un solo Dios, Tres Personas—, necesario para salvarse.

C) "El Verbo era Dios".

1. Es imagen de la sustancia del Padre (Col. 1, 15; Heb. 1, 3). Tan perfecta y vital, que Jesús pudo decir: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn. 14, 9). Espejo nunca empañado, que recoge el «resplandor de la luz eterna» (Sab. 7, 26). «Como la imagen que el sello imprime en la cera» (Marmión). Atributos, perfecciones..., todo el ser y bondad de Dios están en el Hijo..., es Dios verdadero.
2. Pero El mismo se complace en proclamar que todo lo recibió del Padre: su vida, su doctrina, su obrar... Leed el Evangelio de San Juan, pregón de la divinidad de Jesús. Y, no obstante, igual a El, porque es Dios: Hijo verdadero, y por naturaleza, del Padre..., misterio escondido en los siglos.

3. De aquí su entrega total con amor infinito; es su oficio en la eternidad: amor hecho aleluya de gloria. «Yo amo al Padre» (Jn. 14, 31)... Y cuando, por amor, un día se abrió a los hombres el misterio de la Trinidad, dando la flor hermosa de Cristo, El pudo decir: «Heme aquí que vengo para hacer tu voluntad» (Heb. 10, 9).

II.—EN EL ESTABA LA VIDA.

Pero el Verbo, asentado eternamente en el Padre, no es ajeno al hombre: «En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres» (Jn. 1, 4).

A) Seamos, con El, imagen del Padre.

1. El hombre lleva el sello de Dios: como obra salida de sus manos, muestra su omnipotencia, sabiduría, bondad...
2. Pero hay un sello más profundo e íntimo: la gracia que deifica: *participación* de la naturaleza de Dios. Un alma en gracia puede hacer suyas aquellas palabras del Señor: «Tú eres mi hijo amado, en quien yo me complazco» (Mc. 1, 11). Porque es, por adopción, lo que el Verbo es, por naturaleza, en el seno del Padre.
3. Filiación que exige ascensión continua: «Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt. 5, 48). Y el resplandor de su santidad es el Verbo Eterno, que se nos manifiesta hecho carne.

B) Reconozcamos, como El, nuestra procedencia del Padre.

1. Todo salió de sus manos creadoras (creación)... Si El dejase de mirarnos volveríamos a la nada (providencia)... Cada latido de nuestro corazón, un regalo de Dios. ¿Por qué prescindimos, ordinariamente, de Dios en nuestra vida? Pensemos en el Verbo, viviendo eternamente en el seno del Padre.
2. Y, por la gracia, somos engendrados a una vida divina... Algo de locura: ¡Hijos de Dios!... Y arrinconamos al Padre, que nos adopta y nos colma de regalos.
3. El Verbo, alabanza eterna del Padre, viviendo en la Trinidad—conocimiento y amor—es, desde la penumbra del misterio, «luz de los hombres» (Jn. 1, 4), que rasga las tinieblas de nuestro desagrdecimiento.

C) Entreguémonos, por El, al amor eterno del Padre.

1. El Señor es «Dios de vivos». No conformarse con un conocimiento abstracto de El; hay que conocerle amorosamente. Sencillamente, porque es bueno. ¿Habéis probado alguna vez a qué sabe este amor? También porque—como el Verbo—«vivimos, nos movemos y somos» en El. Como niños sobre las rodillas del Padre...
2. Pero no amor infecundo, sensiblero..., sino engendrador de vida santa. Dios principio y fin de todas las cosas..., también de nuestros amores. Volcándose con ansias de eternidad en el Amor, como el Verbo.
3. Y para ello: buscar en todo la gloria del Padre: porque es fácil engañarse, confundiendo el amor propio con el de Dios. A veces nos buscamos a nosotros mismos en la vida de oración: gustillo, sentirse bueno... Que podamos exclamar también como el Verbo: «Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar» (Jn. 17, 4). Y la misión del cristiano es amar.

III.—CONCLUSION.

1. El Verbo tiene vida eterna en el seno del Padre: misterio insondable y dificultoso para nuestra pobre inteligencia..., pero de vital importancia en nuestro caminar a la vida eterna. Porque seremos del agrado y amados del Padre, en la medida en que imitemos al Hijo. Por eso, para mejor llegar a El, quiso tomar nuestra propia naturaleza...
2. Aprovechémonos de esa luz que, «viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre» (Jn. 1, 9), para calar en la profundidad del misterio escondido en los siglos..., para vivirlo, sobre todo, unidos a El—gracia y virtudes—, y merecer disfrutar de su gloria «en el seno del Padre».